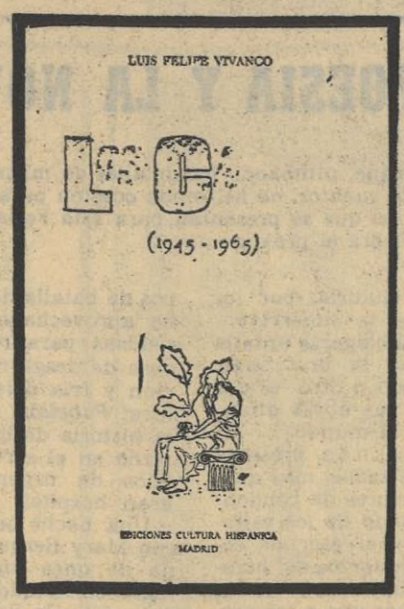
CON LOS POETAS

Escribe Leopoldo DE LUIS

"LOS CAMINOS", HONDOS, DE VIVANCO

A CASO podríamos decir —y nos serviría como *situación* del poeta— que Luis Felipe Vivanco es uno de los más genuinos representantes de la generación del 36. Es éste de las generaciones un medio de estudiar las corrientes literarias, que muchos críticos dicen no estimar, pero que casi todos emplean. Hacen bien: es útil y claro. Los poetas españoles de la generación del 36 nacen entre 1905 y 1915, y se inician en la poesía por los años de la República. La guerra civil escinde el grupo, que ya no se recompone sino fragmentariamente, porque sí, como muy bien dijo don Antonio Machado, «no brotan ideas de los puños» es dolorosamente indudable que los puños trastornan a la fuerza las posturas, y desde otras posturas se tienen otras ideas. Entre los poetas que dan continuidad a las primeras corrientes inspiradoras de esa generación está Vivanco a tal punto que lo podemos encontrar en las dos revistas que la reflejan: antes de 1936, *Cruz y Raya;* después de 1939, *Escorial.* A grandes rasgos, líneas generacionales pueden ser la recuperación de la musicalidad del verso, y aun la revalorización de la estrofa, la clasicidad, la rehumanización, el empleo de algunas conquistas del 27 pero dejándose ganar cordialmente por cierto unamunismo y cierto machadismo: lo primero, en la preocupación religiosa; lo segundo, en la meditación ante el paisaje.

Luis Felipe Vivanco es un excelente poeta de esa línea interior recatada y fervorosa. En su primera aparición pública (*Cantos de primavera,* 1936) confesaba cantar «como hombre, como cristiano, como creyente y como enamorado» Fiel a sí mismo, en la página inicial de este volumen (1) declara igual confesionalidad, aunque matizándola con un «desprecio por las formas y los usos disminuidos y mostrencos de la religión oficial» en un «esfuerzo por dentificarse con lo poco auténtico y digno de ser vivido hasta el límite». Si entonces proclamaba que «la poesía es camino», hoy agrupa este volumen resumidor bajo ese lema. *Camino de perfección* completaba la frase, con más acento teresiano que barojista. (No me puedo detener ahora en esto, aunque valdría la pena.)



Lo importante es que en Luis Felipe Vivanco la poesía es siempre experiencia de vida. Hay, pues, una presencia de la realidad, pero ejerciendo su influjo hacia adentro. Una doble realidad, si se quiere y si seguimos al poeta: «la realidad de fuera y la íntima, la interior, que constituye un refugio El paisaje real está en el poema; las cosas tangibles están en el poema, y ambos aspectos dan a la poesía de Vivanco unas peculiaridades muy personales: la comunicación con la naturaleza y el hallo familiar de lo cotidiano. Ahora bien: esas realidades —presentes en el poema, insisto— se transforman, se hacen alma.

La humildad de ser poeta reza otro título de Vivanco, y se me antoja válido como muestra de la escritura de toda su obra. Con humildad, con unción casi mística, asume el poeta la vida, sintiendo su misterio sagrado, o casi diría que convirtiéndola en misterio. El verso de Vivanco unge de misterio la realidad en que se mueve, idealizándola mediante símbolos trascedentes. Significativa es su transfiguración del paisaje, que parte de la austeridad de su propia tierra mesetaria. Como la encina está vista entre la piedra y el cielo, el poema va entre la realidad y la idealización El amor pasa también por su paisaje trascendido: a la amada le dice que les separan «los salones, los bailes, la gente» y que les unen «las estrellas, los ríos, las encinas», y esto no es anécdota ocasional, sino sentimiento entrañable.

Otro ejemplo: a la vuelta de un viaje los regalos para la esposa son «mis pasos por a orilla del mar»: para la hija mayor «te traigo esta botella / que he sacado del fondo»: para la menor, «esta naranja; / mírala [...], qué redonda» El poema nos aclarará que en aquellos pasos está cuanto miró, teñido por la ausencia esto es el recuerdo enamorado en la botella, un mensaje de «divina adivinanza», y en la naranja un zumo para manchar hermosamente no sólo el vestido de la niña, sino, por dentro, el alma.

Se reúnen en este importante y resumidor volumen de Vivanco cuatro libros: *Los caminos* (1945-1948), *Continuación de la vida* (1949), *El descampado* (1957) y *Lugares vividos* (1958-1965). Hay, por supuesto, evolución hacia una lógica madurez no tanto poética —porque la calidad poética está granada desde el más joven Vivanco— cuanto vital. Pero la fidelidad es una constante Las encinas del amor juvenil, en *Los caminos,* son de nuevo el paisaje donde vuelve a sentirse a gusto a reconocerse él mismo y a pensar en Dios el poeta de *Lugares vividos*

Pienso que lo más personal e íntimo de la poesía de Vivanco encontró cauce expresivo en un verso sereno y de larga andadura. Pero ha cultivado otras formas de verso corto, aun cortísimo, como en el poema «Palabras», de última época, con deseo de concentración.

«La mirada de Dios y la del hombre / labren juntas los muros de su hogar voluntario», dicen dos versos de primera época. Y esa voluntad de religiosa contemplación o de mirada trascendentalizada, esa conformidad y ese noble talante de cumplimiento interior y personal —mirada *del* hombre, no *de los* hombres—, han creado una poesía honda y con novedora, que nos pone como siempre la poesía más auténtica una congoja inefable, al impregnarnos de su emoción.

(1) Ediciones Cultura Hispánica.